

UNA INVASIÓN QUE IGNORÓ LA REFLEXIÓN CULTURAL

Por
UMBERTO ECO

Para LA NACION

(BOLONIA)

En un artículo reciente, recordaba yo que para llevar adelante la guerra contra Japón los altos mandos norteamericanos convocaron a una antropóloga cultural, Ruth Benedict, para entender la mentalidad de un pueblo al que tenían primero que vencer y después ayudar a recorrer el camino hacia la democracia. Y observaba que, aparentemente, George W. Bush no ha hecho lo mismo. En el término de dos semanas esta observación se ha confirmado.

Uno de los motivos del estupor de los altos mandos británicos y norteamericanos (que ahora admiten que lo que quería ser una guerra relámpago se está transformando en una empresa más larga y costosa) fue que se esperaba que, no bien iniciado el ataque, divisiones enteras se rendirían, sus comandantes harían causa común con las tropas aliadas y en las ciudades los iraquíes se rebelarían contra el tirano. Esto no sucedió y la explicación no es que ni los soldados ni el pueblo osaron rebelarse porque tenían una represión feroz de su gobierno: con semejante razonamiento, los italianos no deberían haber organizado la resistencia porque los alemanes

ahorcaban a los partisanos, mientras que fue justamente por la represión por lo que muchos decidieron irse a las montañas.

Evidentemente, se les escapó un principio que la historia (a veces realmente maestra de la vida) nos debería haber enseñado: las dictaduras logran consenso y en él se apoyan. En Italia se trató de negar la afirmación de Renzo De Felice según la cual el fascismo no consistía en un puñado de fanáticos que oprimían a cuarenta millones de disidentes. Si el fascismo se sostuvo veinte años, fue justamente porque de algún modo existía un amplio consenso. Habrá sido un consenso originado más en la indolencia que en el entusiasmo, pero existía.

La segunda enseñanza de la historia es que en una dictadura, aun cuando existan formas de disenso, si se da un choque frontal con un enemigo extranjero, surgen formas de identificación con el propio país. Hitler era un dictador feroz y no todos los alemanes eran nazis, pero los soldados alemanes combatieron hasta el final. Stalin era un dictador execrable y no todos los ciudadanos soviéticos eran comunistas, pero resistieron con alma y vida a los ejércitos alemán e italiano y finalmente vencieron. Y hasta los italianos, que después de 1943 se unían a los norteamericanos o peleaban en las colinas, en El Alamein actuaron con valor.

Astucias de la razón

Podríamos seguir con los japoneses, con el Vietcong y con todos los ejemplos que quieran mencionarse. ¿Es tan difícil entender que el ataque de un ejército extranjero provoca, al menos temporalmente, la cohesión del frente interno?

Y sin embargo, lo repito, ni siquiera era necesario molestar a los catedráticos de Harvard o de Columbia. Bastaba con elegir al azar una remota universidad del Oeste para encontrar dos o tres jóvenes ayudantes de las cátedras de historia o de antropología cultural dispuestos a explicar verdades tan elementales.

Es difícil decir si la guerra produce cultura, porque a veces las astucias de la razón (como habría dicho Hegel) son extrañas. Ahí están los romanos haciendo la guerra con Grecia, quizá pensando en latinizarla, y resulta, como escribió Horacio, que "la Grecia conquistada conquistó [culturalmente] al feroz vencedor". Otras veces la guerra produce, en cambio, barbarie. Pero si no produce cultura, ¿debe por lo menos basarse en reflexiones culturales previas? Hubo ciertamente una reflexión cultural detrás de las campañas de Julio César y, por lo menos hasta el Imperio, Napoleón se movió por Europa sabiendo qué expectativas había en los varios países a los que llevaba los ejércitos de la Revolución.

Me imagino que Garibaldi tendría alguna idea acerca de la debilidad de las tropas borbónicas y del apoyo que podría encontrar en algunos estratos de la sociedad siciliana, a pesar de que, en resumidas cuentas, ni él ni Cavour previeron que en el Sur invadido surgiría enseguida una fuerte resistencia clerical y esa forma de repulsa popular que se manifestó con el bandolerismo. Por cierto, un error en los cálculos hizo que el pobre Carlo Pisacane fuera masacrado por aquellos de los que esperaba un cálido recibimiento. Y, ya que estamos con estos temas, la tragedia del general Custer se debió, probablemente, a una cierta falta de información sobre la psicología de los indios.

Actos de ignorancia

Sería interesante ver (seguramente se ha hecho y simplemente ocurre que no soy experto en la materia) qué guerras se hicieron sin despreciar o sin ignorar la contribución de la cultura y cuáles en cambio estuvieron, desde el comienzo, minadas por un acto de ignorancia. Es evidente que el de Irak parece ser un conflicto que los ejércitos iniciaron sin consultar a las universidades, por la desconfianza ancestral de la derecha norteamericana hacia los intelectuales o, como decía Spiro Agnew, los "decadentes esnobs". Es una verdadera lástima que el país más poderoso del mundo gaste tanto dinero para hacer estudiar a sus mejores intelectos y que después no los escuche.

Traducción de Marcelo Renard.

Fuente:

http://www.lanacion.com.ar/03/04/24/do_491073.asp

Diario LA NACION | Buenos Aires | 24/04/2003 | Página 17 | Opinión